

¡Esto no es una pensión!

Habrás observado la tendencia de tus hijos a “no mover un dedo” en casa. No nos engañemos; esta inclinación a vegetar no es exclusiva de los infantes; en absoluto, yo mismo la experimento todos los días. La única diferencia entre el adulto y el niño es que el primero no consiente lo que siente, mientras que el segundo consiente con naturalidad aquello que siente, valga el juego de palabras.

Es sorprendente la ciega confianza de nuestros hijos en que alguien acudirá, en algún momento, en ayuda de su desordenado cuarto, colocará las cosas en su sitio y limpiará lo que previamente él ha ensuciado.

Por otro lado, es innegable la propensión de nosotros, padres, por hacer las cosas de la casa sin pedir ayuda a los hijos excusando su colaboración con argumentos falaces; a veces, sentimentales -“los pobres tienen tanto que estudiar”- en otras ocasiones, revestidos de una dudosa eficacia- “pierdo más tiempo en explicarle cómo tiene que hacerlo que en hacerlo yo”- y, frecuentemente, envueltos por el temor de enfrentarnos a ellos e iniciar una nueva trifulca.

He llegado a la conclusión de que esta realidad solo podrá ser invertida en función de la respuesta interior que demos a la siguiente pregunta: “¿quién quieres que sea el rey de tu casa?”. Si deseo que el rey de la casa sea mi hijo antes que mi esposa/o, será complicado conseguir que el muchacho recoja su cama. ¿Alguien ha visto alguna vez un rey o una reina ordenando su cuarto, planchando la ropa, limpiando los baños o haciéndose la cama? Si nuestros hijos



detectan que hemos optado por esta opción, asumirán su corona cómodamente y como monarcas que son, tratarán a quienes les rodean como súbditos de su reino, incluidos, por supuesto, los padres. Una vez

iniciada esta dinámica regia, los padres terminarán por convertirse en sirvientes proveedores de comida y ropa limpia. Para este hijo, los padres carecerán de toda autoridad, puesto que no cabe otra autoridad distinta de la suya en este reino.

En este sentido, S. José María Escrivá reconoce que todo hombre siempre intenta ser rey, aunque sea del reino de nuestra miseria. Él mismo afirma que cuando esto sucede, necesitamos que alguien mate nuestro egoísmo. Precisamente, esa es la misión que entiendo que me corresponde como padre: ser el guerrillero que combata el egoísmo que brota espontáneo del ser de mis hijos. Dice Ortega y Gasset que la vida nos ha sido dada pero no nos ha sido dada hecha.

En casa, nuestros hijos se han cansado de oír repetidamente de sus padres: "esto no es una pensión". Y es que, aunque sea evidente que nuestra casa no es una pensión, conviene recordarlo de vez en cuando para evitar confusiones dramáticas. Porque estoy convencido que si un hijo mío no se hace la cama, tengo un grave problema. Y no solo porque eso significaría mayor trabajo para nosotros, los padres, que deberíamos suplir la flojedad de nuestro hijo. El hecho de no recoger su cama evidencia carencias interiores muy profundas y que se acrecentarán conforme vaya cumpliendo años. No sería desajustado este diagnóstico sobre los hijos: "Dime cómo ayudan en casa y te diré quiénes son".

"¡Esto no es una pensión!". Verdaderamente no lo es, ni se le parece. La casa donde habita nuestra familia es el lugar donde nacen los niños y mueren los hombres, donde la libertad y el amor florecen, no es una oficina ni un comercio ni una fábrica (Chesterton).



Raúl GAVÍN
Padre de 8 hijos
gavinraul@gmail.com

